

# Globalización: unas pocas reflexiones desde América Latina

Comentarios al tema  
“La construcción y las repercusiones de la globalización”,  
cuyo ponente fuera Armand Mattelart.

*Judith Sutz\**

## a. – Globalización: ¿qué es, qué no es?

Hay muchas maneras de entender el fenómeno que se ha dado en llamar globalización; la delimitación del concepto no es demasiado clara y a menudo se ve mezclada con la descripción de sus consecuencias. Una buena aproximación es la que propone Castells, cuando indica que la economía actual está globalizada “porque las actividades nucleares de la producción, el consumo y la circulación, así como sus componentes (capital, trabajo, materias primas, gerencia, información, tecnología, mercados) están organizados a escala global, directamente o a través de una red de conexiones entre agentes económicos” (Castells, M., *The Information Age: Economy, Society and Culture*. vol.1. *The Rise of the Network Society*, Blackwell Publishers, UK, 1999, p. 66, nuestra traducción).

La globalización refiere entonces, primariamente, a un fenómeno que transforma la organización de las actividades económicas básicas en el sentido de llevar al ámbito de todo el planeta el espacio en que operan las variables que participan de ellas. Sin embargo, si se denomina “globalización” a la ampliación planetaria del espacio donde se organiza la operación de las variables claves de procesos, otros, además de los que recubren actividades económicas, podrían ser los referentes de la denominación, muy en especial la comunicación y la cultura.

Es bueno, sin embargo, elegir de qué se está hablando. Fijemos entonces ideas y así, en lo que sigue, nos referiremos a globalización en el sentido en que lo hace Castells. Esta “afiliación” a una manera de entender

---

\* Professora e teórica uruguaia da Comunicação.

el fenómeno no niega otras posibles acepciones ni sugiere que pueda ser entendido exclusivamente en sus propios términos, es decir, incorporando solamente consideraciones económicas. Simplemente, ayuda a delimitar los temas a los que se busca acercarse – construcción y repercusiones –, ya de por sí muy complejos.

Ahora bien, la globalización de la economía es una manera de describir la lógica con que actúan hoy ciertos agentes económicos dominantes y a la que ingresan o intentan ingresar subsiguientemente actores menos poderosos. Dicho de otro modo, la globalización indica el “buen camino” para el crecimiento económico y, cada vez más, simplemente para existir como “ente económico”. Esto no quiere decir que haya ninguna indicación en el sentido de que ese camino esté siendo recorrido por todo el mundo, aún en tramos muy diferentes. Las señales, por el contrario, indican que hay regiones, países, regiones y ciudades dentro de países y habitantes en todas partes que están por fuera del “buen camino” y cuyas chances de empezar a recorrerlo son pequeñas, haciéndolas ínfimas el devenir del tiempo. Así, la globalización no es homogeneización, no es convergencia, no es el fin de la historia, si por tal entendemos la uniformidad final. Es un fenómeno esencialmente asimétrico, conflictivo y, crecientemente, excluyente.

## **b. – ¿Cómo llegó?**

No habría globalización sin telecomunicaciones. Esta afirmación no intenta emular otras, famosas, frecuentemente presentadas como ejemplos de determinismo tecnológico. Tampoco puede inferirse de ella una suerte de “telecomunicaciones primero-globalización después”, en una secuencia temporal precisa e incontaminada. Lo que no parece discutible es que las formas concretas en que opera la globalización exigen la “instantaneación” de las comunicaciones, es decir, la posibilidad de trabajar en tiempo real en cualquier actividad que implique intercambio de información codificada independientemente de la localización de la fuente. Las telecomunicaciones son la punta del *iceberg* que constituye el soporte técnico de la globalización. Por debajo está la densa red informática que provee puestos de escucha de calidad cada vez más alta a menor costo. No habría globalización si no fuera posible multiplicar al infinito esos nodos; esa posibilidad viene del desarrollo acelerado y combinado de las ciencias y la industria de la computación, por una parte, y de la microelectrónica,

por otra. Los límites técnicos encontrados a la expansión y profundización de la globalización actuaron, como siempre ocurre, como estímulo a una cierta dirección de cambio técnico; lo que empezó como remoción de obstáculos siguió como apertura de nuevas posibilidades que rápidamente ocuparon el lugar ofrecido y a poco andar presentaron nuevos límites.

Tampoco habría globalización sin los profundos cambios que han ocurrido en la producción de conocimientos. En efecto, la globalización no es omnidireccional, sino que tiene un eje privilegiado. Este no es norte/sur, como lo fuera en los tiempos del redespigüe industrial en busca de mano de obra barata y explotación in situ de recursos materiales abundantes. El eje hoy por hoy es norte/norte, y lo que se diseña, fabrica y comercializa a escala planetaria – sean bienes o servicios – es, mayoritariamente, conocimiento intensivo. ¿Dónde se produce ese conocimiento? ¿Quién lo paga? ¿De quién es? La primera pregunta es difícil de contestar: parte se produce en el ámbito académico, parte en el productivo, parte en ámbitos mixtos, ad-hoc, que hoy existen y mañana se deshacen para reaparecer, bajo otras formas y con otros actores, más adelante. Cada vez más, por otra parte, el lugar por excelencia de producción de conocimiento, la academia, no es dueña de elegir sin cortapisas su agenda de trabajo: sin los recursos aportados por la producción no puede trabajar y ésta fija así en buena medida los derroteros del cambio técnico desde la cuna. La importancia económica del conocimiento y la rapidez con que se incorpora al circuito productivo una vez salido del cascarón académico – y a veces aún antes – hacen que la libre comunicación de resultados, piedra miliar del ethos académico esté, en el mundo desarrollado al menos, cada vez más descaecida. La expresión académica de la exacerbación de las reglas del mercado como forma de organización social es la privatización del conocimiento. Esta opera, al final del proceso, a través de la temprana “patentización” de resultados de investigación; al comienzo lo hace a través de demandas que son atendidas prioritariamente porque aportan recursos estimados imprescindibles.

La globalización es, en un doble sentido, un fenómeno *high-tech*. Por aquello a lo que se aplica y por la forma en que se aplica. No es sólo ni principalmente un fenómeno *high-tech*, pero lo es. Señales significativas que acompañan su presencia en países donde radican los agentes que primero la impulsaron apuntan en esa dirección: universalización de la educación escolar y media, acceso masivo a la educación superior, alta inversión en investigación y desarrollo, significativa proporción de científicos e ingenieros en el sector productivo, creciente escasez de personal altamente calificado

que es necesario “atraer” desde el Sur, a favor de la desocupación y los malos salarios de su personal académico de alto nivel. Así, la globalización llegó, en parte, como consecuencia de las profundas transformaciones en las formas de producción material e inmaterial asociadas a transformaciones no menos profundas en las formas sociales de producción de conocimientos.

### **c. – Repercusiones en “clave conocimiento”**

La más general de estas repercusiones es la crecientemente difícil posibilidad de esconderse de la rapidez de los cambios mundiales: si no se es capaz de cambiar a la velocidad de dichos cambios, lo que ocurre es que lo que se produce no es aceptable en el mercado global y los espacios de supervivencia que quedan abiertos son crecientemente restringidos e insatisfactorios. Un factor que excluye crecientemente de la vida económica y social, en particular, del empleo, es la incapacidad de seguir de cerca la aceleración del tiempo. Es por esto que una de las claves para entender las repercusiones de la globalización es la del conocimiento. No es suficiente, pero sí imprescindible, para la vida ciudadana de hoy, ser capaz de aprender cosas nuevas toda la vida, aplicar nuevos conocimientos, buscarlos cuando no se tienen en la creciente maraña selvática de los que están disponibles. Más allá de lo que los individuos necesitan hacer y saber hacer para no ser presas de lo que Ricardo Petrella denominaba el “tecnopartheid”, está también el ambiente en que desarrollan su vida social. Aprender y aplicar creativamente lo que se aprende no puede hacerse en sociedades que no valorizan el conocimiento y la investigación como actividad propia. Así, ya no son sólo individuos los que quedan al margen, eventualmente porque su relación con el conocimiento está signada, de antemano, por su condición de miseria. También son países enteros los que pueden caer progresivamente en una situación de irrelevancia. La globalización impone algunas condiciones duras, de esas que no se discuten: una de ellas es la obligación de mantener una relación viva y cambiante con el conocimiento para tener la posibilidad de escapar, al menos parcialmente, a una subordinación prácticamente total.

La globalización, como casi todos los fenómenos sociales, es altamente diferencial. Tiene ganadores y perdedores y presenta, para cierto tipo de actores, perspectivas de mejorar y para otros, perspectivas de perder. Aquí la divisoria no es ni por regiones ni por países ni por ciudades: la geografía juega su papel, sin duda, pero lo fundamental pasa por otro lado.

Las perspectivas de mejorar o de perder tienen también una dimensión supra-nacional. Una de las consecuencias de la globalización es que los mercados para cosas que importan vitalmente son visualizados globalmente: visualizados es literalmente la palabra correcta, pues se buscan y miran en pantalla. Eso hace que, por ejemplo, el reclutamiento de personal altamente calificado sea crecientemente una actividad globalizada, en que la búsqueda de candidatos no registra fronteras. Hace ya más de una década, el proceso de succión hacia EEUU de científicos e ingenieros europeos en el marco de la iniciativa de la “guerra de las galaxias” hizo reaccionar a la Comunidad Europea, que desarrolló un conjunto de programas que tenían entre sus finalidades asegurar condiciones atractivas para frenar la emigración académica. Estrategias de ese tipo no están incluidas en las agendas de los países más golpeados por la globalización, en los cuales, sin embargo, el problema está adquiriendo creciente dramatismo. La “fuga de cerebros”, en buena parte de los casos formados en universidades públicas y gratuitas, es un proceso extremadamente dañino y de difícil reversibilidad al cual la globalización ha prestado alas.

Otra repercusión digna de mención deriva de la “transparentización” en condiciones de asimetría. Actualmente, “estar en la *w e b*” es, en buena medida, condición de existencia. Pero las asimetrías de partida hacen que algunos se exhiban y otros busquen, y no que todos busquen en relativa igualdad de condiciones. Lo que quiere una empresa de un país “del lado de abajo” de la globalización es ser vista internacionalmente. Si lo logra, puede obtener muy buenos resultados en términos de mercados ampliados y oportunidades de crecimiento y de aprendizaje. El resultado agregado puede ser bastante menos promisorio si la empresa, como está ocurriendo actualmente en América Latina, es comprada y su actividad reconvertida hacia la comercialización de la producción “madre”. La vieja cuestión, no por vieja menos vigente, es que la potencia tecnológica expresada en artefactos no se explota por el solo hecho de tener acceso a ellos. Todos estaremos tarde o temprano en la *w e b*, pero eso no nos hará más iguales. Asimetrías más acceso a artefactos no asegura disminución de las primeras en virtud de lo segundo sino distorsión de lo segundo en virtud de las primeras. El nivel y las características de las asimetrías de partida, su aceleración y las enormes dificultades para enfrentarlas hacen tentadora la hipótesis de que la conexión resolverá el problema. Eso es lo que quiere decir que el peor enemigo que tienen los “de abajo” de la globalización es el *digital divide*, afirmación convertida en *slogan* repetido a lo largo y ancho del planeta, tanto por vendedores de conexión como por

ansiosos compradores. Así, otra de las repercusiones de la globalización es plantear con renovada fuerza el imperativo tecnológico- que sin duda es un imperativo- en términos de solución y no de problema.

#### **d. – ¿Todos son costos?**

Entre los costos o impactos negativos de la globalización suele mencionarse el debilitamiento del estado nación como entidad articuladora de intereses y proveedora de ciertas garantías de supervivencia y convivencia en espacios nacionales. Suele mencionarse también que los espacios micro o locales corren peligro de verse absorbidos o deglutidos por los espacios macro o globales. La preocupación es por la disolución de identidades, una de cuyas expresiones más complicadas tiene que ver con la capacidad de identificar los propios problemas y sus especificidades.

Mirado este aspecto desde América Latina, cabe observar que el estado nación no ha sido, en términos generales, un constructor de oportunidades para una inserción no subordinada al concierto mundial. La globalización “llega” a la región y la encuentra con una cobertura incompleta de educación primaria, con una cobertura baja en términos relativos de educación secundaria, con niveles promediales de entre veinte y treinta puntos porcentuales por debajo de la cobertura de educación superior del conjunto de los países “centrales”, con un porcentaje de inversión en investigación y desarrollo respecto de la riqueza generada diez veces menor, en promedio, que dicha inversión en el “norte”, con empresas que prácticamente no invierten nada en conocimiento endógenamente generado y bastante poco en conocimiento a secas, con universidades públicas concentrando la mayoría absoluta de la creación de conocimiento y crecientemente asfixiadas financieramente, con un rebrote fuerte de la emigración académica, con el desmantelamiento de polos de aprendizaje tecnológico en las empresas públicas de producción estratégica. Estos son resultados de la acción y la inacción de nuestros estados-nación; ninguno de estos aspectos es achacable preponderantemente a la acción de fuerzas externas. Mirado desde esta óptica, el costo del debilitamiento del estado-nación parece menos serio: más débil de lo que ya era -cuando lo era, pues hay excepciones notorias en América Latina- para hacer lo que hacía falta, no parece posible.

La globalización uniformiza discursos: cobertura educativa, educación universitaria, investigación y desarrollo, innovación, relaciones

academia-producción, conocimiento, valor económico del conocimiento; estas y otras palabras o expresiones relacionadas circulan insistentemente, se cuelan en los discursos oficiales, son invocadas no pocas veces a tontas y a locas, pero son invocadas al fin. América Latina es una región donde el conocimiento endógeno y su aplicación a la producción nunca recibieron el apoyo merecido y requerido, tanto para una inserción menos subordinada y periférica a la economía mundial como para poder resolver, con cabeza propia, problemas específicos que de no abordarlos “adentro” quedarían –como han quedado– sin solución. Es por eso que el hecho de que la globalización haya puesto al conocimiento y a la innovación de moda no es menor. Esto puede querer decir muy poco o mucho, y si este último es el caso, puede ser o no bueno. Conocimiento e innovación pueden ser un “saludo a la bandera” en discursos que poco tengan luego que ver con práctica alguna: de eso conocemos mucho en América Latina. Pueden ser también objeto de identificación fetichista con soluciones urgentes e inmediatas, lo cual llevaría a desestimar una vez más los esfuerzos de largo aliento, sostenidos, pacientes, por generar capacidades propias autosustentables; también de eso conocemos en la región. Pero podría también ocurrir que comenzara a ser escuchada y entendida una postura que insiste en que una de las claves para estar en un “mejor lado” de los cambios está en la capacidad de relacionarse creativamente con el conocimiento y que ello es posible, aunque por cierto no automático.

Es difícil asignarle probabilidad a esta ocurrencia; si hubiera que apostar, lo más seguro sería considerarla baja. Pero no es un fenómeno cultural menor estar crecientemente inmersos en un discurso que hace de quienes investigan, enseñan y aplican conocimiento actores sociales, hasta ayer prácticamente ignorados, que pueden invocar que lo que hacen es relevante. Traducir este nuevo ingrediente cultural en un cambio de prácticas será, seguramente, muy difícil. Pero no es desdeñable que exista.